

# MENFIS

Nimphie Knox

*Material protegido por Copyright. Todos los derechos reservados.*

**Advertencia:**

Este libro contiene escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto, que pueden ser considerados ofensivos para algunos lectores. Los contenidos de esta obra son SOLO para adultos. Mantenga este libro fuera del alcance de lectores menores de edad.

Este libro es una obra de ficción. Aunque pueda contener referencias a hechos políticos/sociales actuales, o lugares reales, los nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de forma ficticia.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni el registro en un sistema informático, ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo, específico y por escrito de los titulares del *copyright*.

Menfis  
Nimphie Knox

Publicado por  
Eldalie Publicaciones  
CL Jaén, 11  
Montijo 06480, Badajoz (España)  
[www.eldaliepb.com](http://www.eldaliepb.com)  
<http://shop.eldaliepb.com>

Publicado con permiso.

Colección Vanadis nº 2

Copyright © Sofía María Fernández Olguín, 2009  
De esta edición © Eldalie Publicaciones, Junio 2010

ISBN: 978-84-937926-4-0  
Primera edición electrónica: Junio 2010  
También disponible en libro impreso.

Editora: Mae R. Pedreira.  
Maquetación: Cordelia  
Ilustración de cubierta: Zinnabar

Impreso en España.

## Dentro de este libro...

Una música sibilante fluctuaba por los parlantes y caía en cascada sobre la multitud que aguardaba de pie bajo el escenario. Las luces le arrancaban reflejos al cabello de la mujer, pero cuando se acercó a ella, Alexandre supo que tenía algo extraño.

—¡Menfis, Menfis! —coreaba el público con las palmas en alto. La mujer les sonrió, tomó el micrófono y habló. Ella les daba la bienvenida esa noche, dijo, al último recital que ofrecería allí. Oh, no sabía cuándo sería el siguiente. Probablemente nunca. La multitud berreó y chilló y ella los miró con compasión, tal como miraban a los fieles las vírgenes de yeso que había en las iglesias. Ella estaba muy feliz de estar allí con ellos.

—¡*Merci!* ¡Estoy muy *contento* de estar con ustedes! —Y Alexandre supo lo que sucedía. Era un hombre. Qué lástima... Pero sus ojos se perdieron por el escote pálido y por la suave curva de sus piernas blanquísimas. Quiso morderlos. Tenía la sensación de que si los mordía, podría saborear algo muy parecido al azúcar. O al Poncio Pilatos. Aproximándose, pudo contemplarlo mejor. Vestía una camiseta ancha de encaje negro y unos pantaloncillos cortos de satén celeste. Tenía los ojos ribeteados de negro y el pelo rubio salpicado de brillantina. Los ojos eran dos abismos marinos, de un azul gélido y electrificante.

*¿Eres Dios, verdad? Si lo eres, mírame.*

El muchacho meneó las caderas al compás del bajo, sacudió la cabeza y Alexandre vio las hebillas de flores que le sujetaban el cabello para que no le tapara la vista. Sonrió siguiendo la música y sus brazos desnudos dibujaron arabescos en el aire cuando bajaron las luces.

*Material protegido por Copyright. Todos los derechos reservados.*

Para Narda, Rocío, Nicolás, Micaela, Paula y Yess, a quien le robé el apellido.

Para todos los que leen mis historias: les debo más de lo que se imaginan.

Para mis padres.

Y para Alejandro, que compró la M de «Menfis» y, si mal no recuerdo, le costó veinticinco centavos.

## Prólogo

Madeleine encendió la luz del salón y se deslizó silenciosamente entre las estanterías. Su maestra, a quien llamaba Marie Crush, le había dicho el nombre del libro que debía llevarle y el lugar exacto donde lo encontraría. Era un volumen pesado y encuadernado en cuero, con las páginas delgadas y el rancio aroma del tiempo estancado en cada una de sus pequeñísimas letras.

Hacía mucho tiempo que nadie tocaba ese libro.

Cuando encontró el pasaje indicado, apretó los dientes y arrancó la hoja...

*...Se trata de una secta ofita que data de la Antigüedad. Sus dioses por excelencia son la serpiente y el dragón. La serpiente es su divinidad femenina; y el dragón, la masculina. Sus profecías anuncian que de ellos nacerá un ser superior; una mesías mujer que habrá de guiar al mundo hacia una era de luz y paz.*

*Celebran sus ceremonias las noches despejadas de luna creciente, cuando pueden ver en el cielo la constelación del dragón, que es el símbolo celeste de su diosa. Según las profecías, dadas a conocer por el mismísimo Michel de Notredame, esta mesías nacerá de una madre sobrenatural, no humana, representada por una serpiente con cola de pez. Las investigaciones que he realizado a lo largo de estos treinta años indicarían que tal figura se trata de una morbosa variación de las sirenas griegas. De ambas criaturas, la serpiente y la sirena, podría extraerse un común denominador: la voz. Las sirenas utilizaban su canto para atraer a los barcos y hacerlos naufragar; las serpientes, a la hora de atacar, silban suavemente, por lo que se creía que tenían el poder de hipnotizar.*

*Material protegido por Copyright. Todos los derechos reservados.*

# Primera Parte

## La Reina del Nilo

## Hace más de treinta años

Camille Perrin siempre supo que tendría gemelos. También sospechaba que serían mujeres, pero de eso no estaba tan segura. Su pareja le decía que esas corazonadas eran tonterías, que la ecografía mostraba sólo un niño y que era un varón. Ella siempre había soñado con tener hijas. Tres muñecas de porcelana con sus mismos ojos verdes y su pelo rubio trenzado sobre la seda de los vestidos.

¡Que sería un varón!, gritaba Maurice, golpeando la mesa con el puño, haciendo temblar los cubiertos. Camille sollozaba y se encerraba en la habitación a llorar.

«Aquí no hay ninguna discoteca... señora», le había dicho esa tarde la empleada del restaurante. Ya habían pasado cinco meses, pero ella lo recordaba como si hubiese sido el día anterior...:

Estaba en la esquina del parque, junto a sus amigas o compañeras de trabajo, vistiendo la minifalda que ella misma se había cosido con un trozo de terciopelo rojo. Los tacones le lastimaban los pies y las mujeres se burlaban de ella. Que tenía poca experiencia, que ya aprendería, que mirara a los ojos a los clientes si se acercaban en un Ford nuevo.

–Aprovecha lo que tienes, linda–le dijo un travesti, dándole una palmada en el trasero. Aprovecha lo que tienes, claro. Lo mismo le había dicho su hermana cuando le compró el terciopelo rojo y le tiró los tacones sobre la cama. Vete a trabajar. Trae algo de dinero a esta casa. El travesti le dijo que esos tacones no le combinaban con la falda y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Las mujeres rieron, le dijeron que sí combinaban. Que no se hiciera problema, que los hombres no se fijaban en esas nimiedades. Pero en el fondo, Camille sabía que era cierto: sus zapatos no combinaban. Eran de color uva, con una boca de pez que le dejaba al descubierto el dedo gordo y la uña pintada de negro.

Cuando el Ford se detuvo junto al parque, el grupo de prostitutas tembló

como picado por electricidad. Comenzaron los cuchicheos. Camille se secó las mejillas y abrió bien los ojos. Intentó sonreír. El hombre la miró. Tenía el brazo apoyado sobre el marco de la ventanilla y llevaba gafas oscuras. No era viejo. Le hizo una seña. El travesti, de mal humor, la empujó con brusquedad. Camille sintió que el corazón le subía hasta la garganta. Intentando no tropezarse con sus propios pies, caminó hasta el auto, lo rodeó y entró.

–Buenas noches –la saludó el cliente. Ella se miró las manos, nerviosa.

–Hola –susurró. Cuando levantó la mirada vio que el hombre le ofrecía un caramelo–. No, gracias –dijo, con temor. El cliente se encogió de hombros, desenvolvió la golosina y se la metió en la boca.

El auto arrancó y Camille no sabía adónde se dirigían. Estaba demasiado asustada como para preguntar. El hombre vestía un traje oscuro y le echaba miradas de soslayo cuando se detenían frente a los semáforos.

–¿Te gusta bailar? –le preguntó, deteniéndose frente a un cartel luminoso. Bajo el cartel, una multitud de jóvenes disfrazados formaba fila junto a la entrada de la discoteca.

–Sí –respondió ella. Era cierto, le gustaba bailar. El cliente le acarició la mejilla y ella vio que tenía la uña del dedo índice el doble de larga que las demás. Cuando entraron en la discoteca, cientos de rostros enmascarados les devolvieron la mirada. El hombre sonrió e hizo una inclinación de cabeza en señal de agradecimiento ante la mujer que le extendía una bandeja repleta de antifaces. Eligió una para él y una para Camille.

La música y la alegría que la rodeaba acabaron por relajarla. La multitud pasaba de mano en mano una jarra con vodka. Cuando llegó hacia ellos, Camille dudó. Pero el cliente bebió primero y luego se la pasó a ella. Confiada, la aceptó. No se dio cuenta de que el hombre había echado en su interior el polvo que guardaba bajo la uña.

En menos de un minuto, el mundo comenzó a quemarle los ojos. Las luces giraban a toda velocidad en sus pupilas dilatadas y la piel le sudaba como nunca antes. Las trenzas del cabello le pesaban como si la fuerza gravitatoria quisiera partirle el cuello en dos, y sentía que tenía los tacones clavados entre las costillas. Se desmayó. Lo último que vio fue cómo la multitud se abría ante ella y se quitaba las máscaras. No reconoció ningún rostro. Todos eran extraños.

Al otro día despertó en la habitación que alquilaba su novio detrás de un vertedero. No había conseguido nada mejor por cuatro billetes. Cuando abrió los ojos, vio que Maurice guardaba sus cosas en una caja y que había otras dos cajas más en el suelo.

–Nos vamos. Conseguí un trabajo–le dijo, lanzándole un trozo de pan. Ella dio una mordida. Estaba sedienta y le pidió agua. Maurice salió de la casucha, abrió una canilla y llenó la botella. Sacó del bolsillo de los vaqueros un cuentagotas y derramó en el agua cinco perlas verde jade. Sacudió la botella y sonrió–. Toma–le dijo a Camille cuando regresó. Ella, sin sospechar nada, la bebió por completo.

Camille rompió bolsa ocho meses después de aquella noche y, como bien había pronosticado Maurice, tuvieron un varón. Lo llamaron Alexandre. Antes de que Alexandre cumpliera su primer año, Maurice desapareció de la casa dejándoles nada más que las instrucciones para utilizar la cuenta bancaria.

# 1

Alexandre Perrin se estiró sobre la cama y miró la hora. Se sobresaltó. Eran las doce de la noche y hacía cinco minutos eran apenas las nueve. Con una sonrisa, aferró la botella de whisky. *Amiga, gracias por aliviarme las horas.* Hacía un año el tiempo solía transcurrir normalmente, pero desde la muerte de su esposa y su hijo, la arena de todos los relojes del mundo se había volcado sobre él, sepultándolo. El tiempo era su enemigo. ¿Acaso no le habían dicho en el hospital que si la ambulancia hubiese llegado diez minutos antes, ellos habrían podido salvarse? La criatura nació ya muerta y la mujer cerró los ojos media hora más tarde. Al entierro habían acudido la poca familia que tenían en Francia y un par de alumnos de la universidad que le habían tomado cariño a Alexandre. Al bebé lo colocaron en un pequeño ataúd blanco. Al verlo, los jóvenes sólo pudieron bajar la vista.

¿Por qué Dios permitía que sucedieran esas cosas? Alexandre insistió en que no quería saber el sexo del bebé. Pensó que, si lo hacía, le sería mucho

más difícil superar la pérdida.

Nadie sabía que la madre del profesor se había suicidado hacía doce años. Si lo hubiesen sabido, habrían comprendido el desprecio que Alexandre sentía por las oraciones que murmuraba el sacerdote, por los rosarios de cristal de roca y por el anillo que todavía llevaba en el dedo. ¿Por qué, si Dios había bendecido su matrimonio, las cosas habían acabado así?

El techo de la habitación giró a toda velocidad y el whisky se derramó sobre las sábanas como miel de abejas. Al verlo, Alexandre se acordó del cabello de su madre y se preguntó, no por primera vez, dónde estaría el hombre que los había abandonado. En algún rincón del mundo debían estar sus mismos ojos, oscurísimos, y su mismo cabello de rizos caoba. Recordó la oferta que le habían hecho hacía diez años, en un autobús. Un tipo se sentó a su lado y le preguntó si acaso era modelo; que él era fotógrafo y que estaba buscando alguien para una sesión. Alexandre, que tenía el libro de los reyes ingleses sobre el regazo, le respondió educadamente que no. Él estudiaba Historia en la universidad y no estaba interesado en que le sacaran fotos. Esa mañana había leído en el periódico que varios jóvenes homosexuales habían sido asesinados por alguien que al parecer los engatusaba con cuentos de fama y fortuna. Alexandre trató de memorizar el rostro de aquel hombre, por si acaso algún día le tocaba identificarlo de entre una hilera de violadores y asesinos de muchachos...

«Tal vez hubiera sido lo mejor», pensó. «Que me matara, que me cortara en pedazos, que echara mi cadáver al río».

Así habría servido de algo. Alimentar a los peces habría tenido más mérito que pasarse las horas mirando el techo que amenazaba con aplastarlo y que gastar el poco dinero que tenía en botellas de vodka y de whisky. Hacía dos semanas le había llegado el telegrama de despido. Ya no era bienvenido en la universidad, no después de haber intentado dar clases completamente borracho. Ahora, además de no tener familia, tampoco tenía trabajo. Las facturas seguían en el buzón y pronto le cortarían el gas. El servicio de energía eléctrica había sido menos paciente.

En la cocina se acumulaban los platos sucios y Alexandre hacía caso omiso de las cucarachas. No le importaba andar descalzo, tampoco se molestaba en lavar su ropa. Todo en aquella casa le recordaba a su esposa. Las cortinas

blancas del dormitorio se habían ido coloreando de gris, como si estuviesen tejidas con hilos de cenizas. En el suelo de la sala había trozos de vidrio: restos de una botella de ron que se le había resbalado de la mano cuando se quedó dormido en el sofá.

A pesar de todo, sabía que no estaba del todo ebrio. Se acurrucó entre las mantas, pero enseguida se destapó con un gemido. Se ahogaba y tenía calor. Morir quemado. ¿Cómo sería morir entre llamas? Se levantó y fue al baño a vomitar. Luego se desnudó y se metió en la ducha, bajo la lluvia de agua fría. Hacía semanas que no se bañaba. Se refregó el cabello con desesperación. Quería quitarse toda la suciedad de encima, como si bañándose pudiese hacer desaparecer la sombra de la muerte que había desgarrado su vida, y romper ese maleficio que le había quitado el sueño tantas noches.

*Estoy maldita, estoy maldita*, gemía su madre siempre que se emborrachaba. Y él intentaba sumergirse en el pozo de desesperación que eran sus ojos aguados, para oír más, para quizás enterarse mejor de quién era su padre, de qué significaban esas cicatrices que tenía su madre en el vientre, de por qué se despertaba por las noches gritando dónde estaba su hijo, siendo que su hijo dormía a su lado desde que le habían diagnosticado cáncer de mamas.

*Era pequeño, como tú, y ellos... ¡ellos me lo robaron!*

¿Ellos? ¿Quiénes eran «ellos»? Oh, qué podía saber su pobre madre. «Ellos» debían de ser los duendecillos que flotaban en su botella de whisky, que se le metían en el cerebro y sólo se iban después de una buena noche de sueño. Pero en el fondo, Alexandre sabía que nada de eso podía ser verdad.

Se secó el cuerpo con una toalla que olía a vinagre y salió del baño. En su armario, la última prenda limpia aguardaba su destino. Alexandre se metió un par de billetes en los bolsillos y salió de la casa.

La noche se extendía sobre aquella ciudad aciaga como la túnica de un mago y las estrellas eran como las chispas de una varita. Alexandre bordeó el parque y se alejó. Desde que había dejado de tener alguien con quien sentarse sobre el césped, el parque había perdido su magia. Sentía que toda aquella felicidad se burlaba de él.

«Sí, dile que la amas», pensó, mirando de reojo a una parejita que se besuqueaba junto a la fuente. «Y ahora dile que quieres tirártela».

Pasó de largo y apartó la vista cuando vio que la mujer era en realidad un

muchacho. Se detuvo frente al semáforo y aguardó. Tomaría el camino más largo hacia la avenida de los bares. En caso contrario, debería pasar frente a la universidad y, aunque fuesen las dos de la madrugada (¡qué velocidad!), el edificio siempre le parecería amenazante. Pasó frente a la iglesia. Todavía recordaba los ojos de su madre, desquiciados, cuando le rogaba que la llevara a la misa que se celebraba los domingos a las ocho de la mañana. Que no, mamá. Estoy muy cansado, mamá. ¿Por qué no rezas aquí, mamá?

*¡Es la casa de Dios! ¡Dios está allí, hijo! ¡Hijo!*

¿Acaso ese tal «Dios» que adoraba ella no era omnipresente? Si era así, estaba en todos los sitios. Qué rezara allí en su cama. Él no tenía ganas de levantarse a las siete de la mañana para ir a ese circo a comerse una galleta rancia. Estaba cansado de trabajar y estudiar al mismo tiempo.

Sobre la fachada de la iglesia había un ángel de piedra. Bajo la fachada, tres vagabundos dormían cubiertos de harapos y trozos de cartón.

«Si Dios existe», pensó Alexandre, «debe de ser ciego». Entre los cartones entrevió una cabellera larga y luego oyó el llanto de un niño. «Y sordo».

Y si Dios estaba en todos los sitios, ¿significaba que había estado allí cuando el auto había atropellado a Sara?

*Tal vez fuese el conductor.*

En un escaparate vio su reflejo. Le devolvió la mirada un hombre de treinta y dos años, con los recuerdos clavados en la frente formando una corona de espinas. Los ojos siempre habían sido oscuros, pero ahora se habían ensombrecido y vaciado de su fuego secreto, el fuego que le había dado cuerda cuando tuvo que salir a trabajar para mantener a su madre y seguir estudiando. Recordó que él había estado en un escaparate parecido, ordenando discos y atendiendo a los jovencitos vestidos de negro que le pedían lo primero o lo último de Marilyn Manson. También recordó cuando el jefe le pidió que colocara uno de esos discos para atraer a los clientes y que no dijese que la tienda se quedaba en el tiempo. Una mujer se había detenido en la puerta y había hecho la señal de la cruz tres veces.

«La has hecho mal», pensó Alexandre, «es con la mano derecha. Y con una vez basta. O eso dice el del bonete».

Se detuvo frente a un bar. No podía creer que supiese todas aquellas sanedes cristianas y no pudiese recordar el nombre del sitio donde vendían el

Poncio Pilatos. El Poncio Pilatos era lo mejor. Se deshacía en la boca como mermelada de sueños y proporcionaba los mejores viajes del mundo. Poncio Pilatos Airlines. Se rió en voz baja y asomó la cabeza hacia el interior. El bar tenía una alfombra roja para recibir a los clientes, un buen espacio para las mesas, la barra y un escenario.

Alexandre parpadeó. No quería perder el tiempo en un sitio equivocado, pero la escena que vio allí adentro lo había dejado sin aire. Era una mujer alta, esbelta, de corto cabello rubio y con las piernas más largas que él había visto jamás. Era una aparición. No, no podía ser obra del Poncio Pilatos: él no estaba drogado aún. O tal vez fuese la desesperación por los viajes y ya estuviese navegando en la luna. Sin dejar de mirar a la hermosa mujer, entró en el bar.

Una música sibilante fluctuaba por los parlantes y caía en cascada sobre la multitud que aguardaba de pie bajo el escenario. Las luces le arrancaban reflejos al cabello de la mujer, pero cuando se acercó a ella, Alexandre supo que tenía algo extraño.

—¡Menfis, Menfis! —coreaba el público con las palmas en alto. La mujer les sonrió, tomó el micrófono y habló. Ella les daba la bienvenida esa noche, dijo, al último recital que ofrecería allí. Oh, no sabía cuándo sería el siguiente. Probablemente nunca. La multitud berreó y chilló y ella los miró con compasión, tal como miraban a los fieles las vírgenes de yeso que había en las iglesias. Ella estaba muy feliz de estar allí con ellos.

—¡*Merci!* ¡Estoy muy *contento* de estar con ustedes! —Y Alexandre supo lo que sucedía. Era un hombre. Qué lástima... Pero sus ojos se perdieron por el escote pálido y por la suave curva de sus piernas blanquísimas. Quiso morderlos. Tenía la sensación de que si los mordía, podría saborear algo muy parecido al azúcar. O al Poncio Pilatos. Aproximándose, pudo contemplarlo mejor. Vestía una camiseta ancha de encaje negro y unos pantaloncillos cortos de satén celeste. Tenía los ojos ribeteados de negro y el pelo rubio salpicado de brillantina. Los ojos eran dos abismos marinos, de un azul gélido y electrificante.

*¿Eres Dios, verdad? Si lo eres, mírame.*

El muchacho meneó las caderas al compás del bajo, sacudió la cabeza y Alexandre vio las hebillas de flores que le sujetaban el cabello para que no le

tapara la vista. Sonrió siguiendo la música y sus brazos desnudos dibujaron arabescos en el aire cuando bajaron las luces.

Tu cuerpo está quieto,  
pero tu mente se ha alejado.  
Estás envenenado,  
estás enamorado  
de la diosa blanca y oscura  
vestida con sacos de piel

¿Qué sucedería si Alexandre le lamía la brillantina del pelo? ¿Tendría el mismo efecto que el Poncio Pilatos?

¡Crucifícame!, pensó aferrándose de la cornisa del escenario. Le dolía el cuello de tanto mirar hacia arriba. Una gota de sudor frío bajaba por sus párpados como lo hubiera hecho una lágrima o una gota de sangre. Sintió dolor. Sin querer, el joven le había pisado los dedos. El chico dejó de cantar, pero la música no cesó. Dolorido, Alexandre apartó la mano y la apretó contra su pecho. Apenado, el joven se inclinó hacia él... pero...

Abrió los ojos como platos. Alexandre nunca había visto a nadie con los ojos tan abiertos. El muchacho parecía aterrorizado, pero cuando el baterista volvió a aporrear los platillos, su rostro dibujó una sonrisa que sólo le podía pertenecer al más bello de los ángeles.

—¡Sebastian! —chilló el cantante, inclinándose hacia él. Alexandre parpadeó, aturdido. Esa voz andrógina no podía pertenecerle. El micrófono había elevado las sílabas sobre la multitud y ahora todos se giraban hacia él, furiosos—. ¡Sebastian! —Se oyó un golpe. Menfis había dejado caer el micrófono y Alexandre sintió que un enorme peso se le derrumbaba sobre los hombros. El cantante lo abrazaba desde el escenario, rodeándole el cuello con los brazos. El perfume de su cabellera de brillantina se le colaba por los ojos y el aroma de las palabras susurradas en su oído le raspaba la laringe. ¿Comenzaría a sangrarle la nariz? Tal vez le sangraran los ojos, como a las estatuas de las iglesias—. Mi amor, te he extrañado tanto... ¿dónde has estado?

¿Que dónde había estado? Oh, se había quemado las pestañas durante cinco años para darles clases a los hijos de la oligarquía. Luego, su madre se

había tomado doce pastillas para dormir con un vaso de vodka: todavía seguía durmiendo; él se había casado hacía siete meses y a los tres ya esperaba un hijo. Se llamaría Alec o Gabrielle. Pero Sara y Alec o Gabrielle fueron atropellados por un conductor ebrio. A él lo habían echado de la universidad y... y... ¿y él? ¿Y Menfis? ¿Dónde había estado él, ella, lo que fuera? ¿Bajo los soles de Egipto? ¡Imposible! Era tan pero tan pálido...

Una lengua de seda húmeda se coló entre sus labios resecos y Alexandre sintió que la música del teclado bajaba por su garganta, mezclándose con su saliva. Menfis lo besaba con desesperación y él lo tomó la nuca para acercarlo más. Se sorprendió de lo suaves que eran esas mechas rubias, como si fuesen de algodón o de azúcar o de Poncio Pilatos. En un arrebato de efusión le tiró del cabello y le arrancó la flor de perlas que le sujetaba las trenzas. La flor cayó al suelo, desmadejada, marchita, inerte... Menfis se sobresaltó y Alexandre gritó de dolor. Los fanáticos habían formado un círculo a su alrededor; rabiosos, lo habían golpeado en la cabeza. El rostro de Menfis, sus abismos marinos, se desparramaron sobre sus mejillas como gotas de acuarela. El alarido de su garganta sonó como el llanto de una sirena ciega, como el lamento de una virgen ultrajada. Los fanáticos tomaron a Alexandre del cuello de la camisa y lo arrastraron hacia la salida, entre gritos, insultos y bramidos.

—¡Sebastian! —sollozaba Menfis—. ¡Vuelve a casa, mi amor!

*Volveré, claro que volveré. Espérame...*